



INFORME: El año Quijote

La Alcarraza de don Alonso

Donde se explica cómo corría el agua en la relación de las aventuras de don Quijote, contadas por don Miguel de Cervantes

Ramón Gallego Gil

Estuvo esperando horas, días, incluso semanas y meses, cubierta por un blanco lienzo que la salvaba del polvo del ambiente, callada, arriba en la cámara. Subida en lo más alto del caserón, al que guardaban los fieros monstruos con los que compusieron el escudo en piedra de la puerta de entrada. Allí en su retirado rincón bajo la cubierta del tejado pudo oír el trasiego del ama y sus voces; que daba para la ordenanza de la casa, o para desahogar sus genios que acosumbraba a soltarlos algo desbocados; igualmente oía los ruegos de la sobrina, especialmente a altas horas de la noche, que se consumía en la desesperación por la falta de persuasión de sus palabras ante su tío, más sordo a sus reclamaciones que rebelde; le requirió durante mucho tiempo que dejara de leer y se entregara a otros menesteres también, especialmente a descansar por la noche. Desde su lugar oculto junto a los costales de grano, la alcarraza sintió como las luces de amanecer venían o se iban, día tras día, noche tras noche, y al caer la tarde, amen de percibir cómo llegaba el frío y el aullar del viento que es especialmente musical en el campo de Montiel, tocaba el velo de la oscura naturaleza de las horas nocturnas, o las calenturas al trocar la estación que le iban acercando a su vuelta al pasillo, donde colgaba en el estío.

Permanecía esperando la temporada en el estante donde la habían dejado, en el declinar de los calores, y pacientemente, resignada a que llegara su momento volvía una y mil veces a trasegar sus recuerdos. Los mejores se los había traído el agua fresca que sacaban con la maroma del pozo del corral. No tenía más trabajo que guardarla en su redonda barriga y a que alguien de la casa, sediento, llegara hasta ella y, cogiéndola de las asas, bebiera por una de las curvadas de su floreado borde. Al inclinarla, salía el agua, limpia, fresca, transparente, por los cien agujeros que, a modo de rejilla, salvaban su contenido de intrusiones. Pensó en tantas veces cuantas la inclinaron para beber:

Con la primera inclinación de un día trajo el agua hasta su memoria los lamentos del arriero, luego de haberle dado con la lanza en la cabeza el que se creía caballero velando armas, desde el abrevadero de piedra de la venta, donde con los cubos la habían sacado del vecino pozo. No ha mucho que había sido sacado el último y aún permanecía mojada la maroma, que se ceñía rodeando la rueda de la garrucha en sus leves y últimos balanceos.

En una segunda le trajo los rumores del batán, que de entre unas altas peñas, con sus casas, más arruinadas que otra

cosa, hacía concierto entre los golpes y el estruendo del agua, los seis mazos de aquel ingenio hidráulico alternativamente marcaban de manera violenta los tiempos del umbroso lugar, donde la hierba refrescaba el suelo. El agua en gran cantidad y fuerza tornaba su camino buscando llenar de vida a la llanura.

Bien, más adelante, en otra inclinación de la alcarraza, explicaba el agua con su rumorcillo los detalles de cómo borboteaba con su cantarín son en el arroyo, en el que tras el peñasco, al pie de un fresno, se lavó los blanquísimos pies, que semejaban pedazos de blanco cristal, aquel mozo vestido de labrador; descubriéndose luego sus aprisionados cabellos, que al tomar libertad denunciaron su condición de hermosa doncella que decía llamarse Luscinda. Agua que pasó varios días filtrada entre las entrañas de la tierra y que se mostró limpia y pura en la fuentequilla donde hicieron parada, a los requerimientos de maese Nicolás, lo que aprovecharon para comer en la venta.

Recordó como en una de las noches de enero, de las que Don Alonso estaba como era de común de vigilia, levantó la voz y contaba, con gran arrobamiento, cómo conocía de unos floridos campos, con quien los Elíseos no tenían nada que ver, donde el cielo es más transparente, y el sol luce más claro, ofreciéndosele a los ojos una pacífica floresta de muy verdes y frondosos árboles, donde entretiene a los oídos el dulce y no aprendido canto de los pajarillos, descubriendo un arroyuelo, de frescas aguas, que líquidos cristales semejan, sobre menudas arenas y blancas piedras, que oro y perlas parecen unas y otras; divisando una artificiosa fuente llena del rumor de sus aguas, las que le pudieron servir para el baño en el rico alcázar o castillo, desnudo como su madre lo parió, antes de vestirle con camisa de cendal finísimo y ser perfumado. Luego sabría que no hablaba tanto de él, don Alonso, sino de un Caballero del Lago del que no sabía de donde tuvo noticia.

En las largas horas del mes de enero le venía al magín como le solía cantar en sus adentros el agua que tantas veces se llegó hasta la alcarraza, y que traía a la memoria una y mil veces, las tardes de agosto que ya llevaba vividas, dándole noticia de los ríos donde iba con tanta cantidad como señorío, como si fuera el mismísimo jugo de la ancha Tierra, ya lo fuera por el dorado cauce del Tajo (nombrado así por un rey de las Españas), que es río llega hasta la misma ciudad de Lisboa de la que besa sus muros, y con arenas que fielmente parecen de oro, cubiertas de moradas de cristal donde habitan las ninfas que cantara Garcilaso de la Vega, las cuales asomaban sus

INFORME
LA MANCHA

Año
DE ESTUDIOS
DE CASTILLA-LA MANCHA
45

cabezas y en los verdes prados ricas telas, que elaboraban de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas. Pero no fue menos cuando de entre su blanca cavidad vacía resonaban las líquidas palabras que le hablaban de los llantos del lloroso Guadiana y de las desafortunadas hijas y sobrinas de Ruidera la encantada, que de tanta congoja el propio Merlín las convirtió en otras tantas lagunas. Aquel apenado Guadiana, que fue convertido en río, luego de ser escudero, de pena, una vez hubo visto el sol, volvió a meterse en las entrañas de la tierra, aunque, como es de natural que los ríos fluyan, más adelante salía de nuevo al sol para ir dando cuenta de sí extendido por estas tierras de la Mancha.

De estas y otras muchas cosas traía el agua cuenta resonado en los ecos interiores de la alcarraza y curiosamente y por mor de algún encantamiento las iba repitiendo en las noches de vigilia don Alonso en rumorcitos quedos, tal y como si estuviese leyendo un sagrado rezo, o en altas voces de imperiosa

potencia que más servían para levantar al ama como si la casa ardiera en llamas, que a la sobrina pensando que su tío al fin estaba en la locura más notoria, pues de tantas razones como le había dado hasta ella misma habría dudado de su delirio y cuerdo lo habría de reconocer.

Una de las últimas mañanas del mes de mayo, que abrasaba las piedras del patio y los gatos guardaron la sombra de la cuadra, volvió a oír las pisadas que subían hasta la cámara y llegaron hasta ella para sacarla de su mortaja de lienzo y, después de una buena friega con agua y curarla con algo de anís, la volvieron a colgar del pasillo, para recoger las brisas que subían de la honda, umbrosa y húmeda cueva. El agua le dio noticias de su partida por los campos de Montiel y traía sombrías noticias de su soledad. El Guadiana se había quedado en las entrañas de la tierra esperando que alguien diciera mejor fin de su discurrir. ■



Ilustración de Pablo Sanguino